

Aquél descender del cielo sin que tenga una Madre, ni ésta puede engendrarlo si primero no lo concibe por obra del mismo Espíritu que ha de santificar á los hombres. Es claro que el Hijo va á adquirir una herencia que se perderia sin su redencion; más esta herencia es tambien la herencia de la Madre. Las riquezas que adquiriera el Hijo de Dios por derecho de sucesion, han de ser todas de su Madre; porque hecho hombre, y naciendo de una mujer, cuanto haga en su vida mortal lo debe como Hijo á la Madre que le ha dado esta vida. Y en efecto; pocos momentos ántes de espirar este Hijo, lo declara en presencia de su Padre y de toda la humanidad. Ha conquistado un mundo, ha hecho hermanos suyos á todos los hombres, los ha convertido de hijos de odio y de venganza, en hijos de amor y de gloria, y de todos hace donacion á su Madre. *Mulier ecce filius tuus; ecce mater tua.* (Joann., cap. XIX, 26.)

Bien palpable y evidente es esta union de mútua gloria y de interés común que liga á María con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, union de familia, union inefable, en la cual la criatura es sublimada á un punto que ni ella misma puede comprender. La gloria del Padre consiste en que todos conozcan su nombre y lo santifiquen. ¿No la procurará María con todas sus fuerzas? La gloria del Hijo estriba en vencer al enemigo que tenia cautivo al hombre y en cumplir el mandato que ha recibido de su Padre, de rescatar al mundo. ¿No ha de ayudarle su Madre en empresa en que va el honor del Hijo? La gloria del Espíritu Santo es la santificacion de los hombres por medio de su gracia, para que, dejando las obras de la carne y la corrupcion de la concupiscencia, sean todos templo y habitacion suya. ¿No ha de trabajar María en union de su Esposo para que lleguen á su colmo los deseos eternos con que anhela por la salvacion de las almas, y porque cada una sea una esposa suya? ¡Ah! Preguntemos á la

hija que se reclina amorosamente en el seno del que la dió el sér natural, cuál es el pensamiento más íntimo de su alma; interroguemos á la madre que amamanta á su hijo único cuáles son sus miras ulteriores; examinemos las ideas que abriga en su pecho la esposa fiel: aquélla nos dirá que honra á su progenitor, y dará la vida porque todos le rindan el mismo honor; que en sus venas circula la misma sangre que en las de aquél; que respira con su aliento, que vive con su vida, y que ni la muerte ni el sepulcro pondrán límite á su amor, ni cortarán la dulce cadena que une á dos corazones. Ésta responderá que su hijo es su tesoro inestimable, su esperanza y su gloria; que quisiera verlo robusto y hermoso; que desearia verlo ceñir una corona; que toda su vida la emplearia en engrandecer á su hijo, y que en él vive su corazon. Y esotra mostrará con los efectos, que ella y su esposo no son sino una misma alma, una sola aspiracion, un solo pensamiento, cifrado todo en amarse, en educar sus hijos, en perpetuar su nombre y en trabajar de consuno en aumentar su patrimonio.

Estos resultados da la relacion natural de hija, de madre y de esposa entre séres sujetos á mutabilidad, y á pesar de esta defectibilidad, son tan estupendos algunas veces, que causan los mayores rasgos de heroismo que embellecen la historia de la humanidad. Raciocinemos, pues: Dios por su naturaleza es inmutable; María, más pura en su Concepcion que los serafines, elevada á la gracia de la impecabilidad, constituida Madre del mismo Hijo de Dios, fecundada por virtud del Espíritu Santo, ¿con qué amor no estará unida al Padre de su Hijo? ¿Con qué cariño no mirará á éste? ¿Con qué fidelidad no cuidará de los intereses de su Esposo? María es el único sér creado que vive unido á Dios con vínculos naturales de maternidad, de filiacion y de desposorio; es llamada cabe sí por Dios, como dice San Ildefonso; es tomada

por Madre, es consagrada para Hija, es destinada para Esposa. *Advocata a Deo, assumpta a Deo, adherem Deo; proxima Deo, conjuncta Deo.* (S. Ildephonsus: lib. *De virginitas B. M. V.*) La consecuencia de estas relaciones se desprende naturalmente; lo que vemos que pasa entre los individuos de una santa familia, nos conduce á rastrear lo que acaece entre María y las tres Personas divinas, que la subliman á la inconcebible dignidad de ser su Hija, su Madre y su Esposa, no siendo esto en María una simple denominacion, sino una atribucion real, que resulta de que el Padre le da á su propio Hijo para que lo conciba y engendre; de que el mismo Hijo de Dios es Hijo de María, y de que el Espíritu Santo forma de la sangre de María el cuerpo al que se unirá con el alma sacada de la nada toda la Divinidad.

¡Ah! Yo me humillo con profundo acatamiento ante la infinita grandeza de Dios, confesando que la razon humana no comprende estos misterios; pero no puedo ménos de adorar al Señor y bendecirlo por sus obras. Si las comprendiésemos, ya no serian misterios; si comprendiésemos todo lo que entraña en María la maternidad divina, así como el modo inefable con que entra esta criatura á ser parte activa en la obra más grande que ha dado á luz la omnipotencia del Criador, no seríamos ya lo que somos; porque sólo Dios se comprende á sí mismo; sólo la divinidad puede explicar perfectamente sus operaciones, y al hombre miserable no le pertenece escudriñarlas temerariamente, sino creerlas y adorar en ellas al Eterno.

Pero registremos escrupulosamente la vida de María, y se nos aparecerá un horizonte luminoso, en que veremos cómo Ella toma una parte activa en todas las obras de la Divinidad. Cumple á la gloria del Padre celestial que su Hijo lleve á cabo las promesas que ha hecho á Adán, á Abraham y á David; para consumir este portento, el Rey de los siglos manda una embajada solemne

á la Virgen de Nazareth, en la cual se le manifiestan con toda lucidez las prerogativas que han de estar anejas al Hijo de Dios que descienda del cielo; su nombre es la expresion de su oficio; ha de ser grande, é hijo del Altísimo. Éste le dará el trono de David, su padre, y su sólo y reino no tendrán fin... Habia este mismo Dios prometido que, como signo de su amor (*Isai.*, cap. vii, 14) hácia los hombres, y cuando llegase el momento de desarrollar toda su gloria y poder, una Virgen, quedando vírgen, concebiria y pariria un hijo, cuyo nombre sería *Emmanuel*, «Dios con nosotros.» El nuncio soberano despues, al explicar á María estos arcanos, la declara que Ella es la escogida por Dios para ser la Madre de este personaje; que es el Padre quien lo envia, y el Espíritu Santo quien la cubrirá con su virtud; y no bien ha concluido el parainfo de manifestar cuanto atañe á la gloria de Dios, María toma parte activa en el cumplimiento de esta gloria, pronunciando aquel sí que tenía suspensos á los habitantes del cielo, y que, apénas salido de los purísimos labios, enamoró al Espíritu Santo, produjo un éxtasis en los serafines, y dió una nueva armonía al eterno trisagio con cuyos ecos retiemblan los polos del mundo y retumba sin cesar el pavimento estrellado de la celestial Jerusalem. *Fiat mihi secundum verbum tuum.* Cumple á la gloria del Padre que su Hijo muera en una cruz para salvar al mundo y arrojar de él al príncipe de las tinieblas, y María no quiere que su Hijo muera sólo, pues Ella lo acompaña en sus tormentos, Ella lo consuela, y, si lo necesitara, Ella lo animaria; pues así, venciendo al Rey de las tinieblas, ha de ganar, mejor que Eleazar, un nombre sobre todo nombre. *Dedit se ut liberaret populum suum, et acquireret sibi nomen aeternum* (I *Machabeos*, cap. vi, 44.); así ha de glorificar á su Padre, así ha de manifestar á los hombres su gloria. *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

No toma María menor parte en las grandezas de su Hijo y en los intereses de su Esposo divino. Viene Aquél á santificar á los hombres, y no hace aún más que unos momentos que lo tiene en su seno, cuando deja su retiro con premura, atraviesa montañas, y pasa á casa de Isabel á alegrarla con su presencia, á repartirla el don de la profecía, al mismo tiempo que el Hijo que tenía en sus entrañas santificaba al que Aquélla tenía en las suyas, consagrándolo para que fuese su precursor y el testigo fiel de la verdad. Cumple á su gloria repartir gracias y favores á los afligidos, y tan pronto como se deja ver entre los hombres como maestro, María le insinúa que ha llegado el momento de ejercer su misión de bondad y munificencia. «¡Cosa singular! dice San Juan Crisóstomo, que el primer milagro que hace Jesucristo es para honrar á su Madre, que se lo ha suplicado; ve Ésta, en efecto, que los esposos de Caná de Galilea no tienen vino para los convidados, y al momento se lo manifiesta al Dador de todo bien. ¿De dónde podrá Jesus remediar esta necesidad? No posee un óbolo, ni un palmo de terreno; no tiene prédios ni riqueza; pero María sabe que su Hijo es el que sacó el mundo de la nada, el que hizo que brotasen aceite los riscos, el que convirtió las aguas amargas en suaves y dulcísimas, el que ostentó su gloria y poder en el maná del desierto, y quiere que ahora empiece á mostrar á los hombres que viene á darles todos los bienes. Habla la Madre al Hijo pidiendo favor; habla á los interesados, inculcándoles la confianza, la fé y la obediencia á cuanto su Hijo les mande. *Quodcumque dixerit vobis facite.* (Joann., cap. II, 5.) Y esto basta para que el agua se vuelva vino, asombrándose cuantos son testigos del prodigio, y reconociendo en el personaje sentado á la mesa al enviado celestial, al Hijo de Dios, que venía á vindicar su gloria. *Et manifestavit gloriam suam.* (Ibid., capítulo II, 11.)

Hé aquí una Hija únicamente ocupada en la gloria de su Padre, y una Madre que se afana cuidadosamente en que su Hijo sea ensalzado. ¿Con cuánto anhelo debia buscar tambien la de su Esposo, supuesto que existe mancomunidad de intereses? ¡Ah, católicos! Lo que hizo María con los Apóstoles despues que su Hijo subió á los cielos, no está escrito; pero la tradicion nos lo enseña. María fué la maestra de todos; Ella los consolaba en las persecuciones; Ella les mostraba el camino en las dificultades; Ella les exhortaba en la empresa de la propagacion del Evangelio; Ella les hace la descripcion de los acontecimientos que han tenido lugar desde el momento de la embajada del ángel hasta el dia en que su Hijo subió triunfante á los cielos; por Ella saben los misterios más ocultos, las acciones más íntimas de la vida del Salvador. «Instruida, dice San Bernardo (*Homil. 4.^a, super Misus est*), ya por el ángel, ya por Jesucristo, en los misterios divinos, retenia mejor que nadie el orden y el tiempo de las cosas evangélicas, para manifestarlas despues á los escritores y predicadores de la verdad.» No importa que el Espíritu Santo descienda sobre los Apóstoles el dia de Pentecostés; porque, dice San Anselmo, aunque fueran enseñados en toda verdad, María entendia la profundidad de los misterios mucho más eminentemente, y sabía con más claridad cuanto el mismo Espíritu Santo, su divino Esposo, la habia inspirado. (*Lib. De Excellenti Virgin.*, cap. VII.)

¿Quién, dice Eusebio Emiseno, dudará de los Evangelios? ¿Quién se atreverá á contradecirles, cuando la Madre los ha dictado, despues de haber meditado largamente todos los hechos del Hijo? (*Serm. 2 De Nativitat. Domini.*) ¿Quién, diré yo con el abad Ruperto, comprendió y ejecutó mejor los designios de su Esposo celestial? Hay tiempo de callar, dice Salomon, y tiempo de hablar; mientras convino que el Hijo del hombre apareciese me-

nor que los ángeles, fué el tiempo en que María, como vergel cerrado, guardó silencio, porque conducía á la obra de la redencion guardar secreto el sacramento de piedad del Rey eterno. Pero tan luégo como fué coronado de gloria resucitando y subiendo á los cielos, vino el tiempo de hablar, manifestando estos secretos á los Apóstoles, que hasta entónces no podian soportar un volúmen de tanta grandeza. (*Rupertus Abbas in caput 2, Matthei.*)

Agreguemos á esta cooperacion de María á llevar á cabo la redencion de los hombres, que es la obra más gloriosa de la Divinidad, lo que entraña el haber encerrado en su seno nueve meses al Verbo divino. Por esta accion, María no sólo queda santificada de una manera especial, por estar en contacto íntimo con Ella toda la Divinidad, sino que se convierte en templo vivo, en relicario sagrado, donde moran las tres Personas divinas: donde está el Hijo están tambien el Padre y el Espíritu Santo; pues así como es indivisible la naturaleza, son inseparables las Personas, estando el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo en el Hijo y en el Padre.

De tan sublimes antecedentes necesariamente hemos de trasladarnos á un horizonte en cuya exploracion hemos de caminar con la antorcha de la fé en nuestras manos. Subamos de la tierra al cielo; las humillaciones de Dios humanado son el precedente del nombre eterno que adquiere y el imperio que conquista sobre el príncipe de las tinieblas que ha destronado, y sobre cuantos se afilien en su negro estandarte; y además, sobre todos los pueblos y naciones del mundo, sean éstos rebeldes á su ley, ó sean hijos de la Iglesia que funda y establece con su sangre, pues Él es la cabeza y el fundamento, fuera del cual no puede haber otro, como dice el divino Pablo: *Fundamentum enim aliud nemo potest ponere propter id quod positum est quod est Christus Jesus.* (I ad Co-

rint., cap. III, 11.) Jesucristo, desde el momento en que resucita hollando la muerte, vive eternamente, y no vive sino para reinar; reina sobre los ángeles, porque son sus ministros; reina sobre el infierno, porque es su trofeo; reina sobre los hombres, porque son sus rescatados; reina sobre los entendimientos, porque los ilustra con su doctrina; reina sobre los corazones, porque los mueve con su gracia; reina sobre los hombres malos, porque elude sus maquinaciones perversas; y reina sobre la sociedad santa de su Iglesia, porque la dirige con su sabiduría, la sostiene con su fuerza, y la alimenta con su amor; y reina, por fin, sobre toda criatura racional, porque la ha de premiar ó castigar como Juez.

Y ¡qué! ¿Acaso Jesucristo reina solo en los cielos? ¿No hay otros que son tambien príncipes y reyes en la patria celestial? ¿No habia dicho Dios (I Reg., cap. II, 30) que el que le diese gloria á Él sería glorificado, así como serian despreciables los que lo desprecien? ¿Los Santos que viven con Cristo no dan gracias incesantes á Dios porque los ha hecho reyes y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra? (*Apocalip.*, cap. V, 10.) Y, en efecto, dice San Anselmo (S. Anselm., Epist. II ad Hugon.), «el amor sembrará tanta armonía entre Dios y los Santos, que éstos no querrán sino lo que quiera Dios; y aunque se amen todos recíprocamente, amarán mucho más á Dios. Por lo que no sucederá á nadie sino lo que Él quiera, y lo que quiera de sí mismo lo querrá de todas las cosas, y aún del mismo Dios; y resultará de aquí que todos serán reyes completos, porque lo que quiera uno lo querrán todos, y acaecerá; y Dios y los Santos serán como un solo Rey y como un solo hombre.»

Siendo, pues, esta gloria comun á todos los escogidos; siendo la caridad y amor que tuvieron á Dios en la tierra la medida del premio en los cielos, ¡qué imperio no tendrán los confesores! ¡Qué participacion en él será la de

las vírgenes! ¡Cuál la de los mártires! ¡Cuál la de los Apóstoles! ¡Qué corona no ceñirá á los Patriarcas y Profetas! ¡Qué cetro de honor y de imperio no tendrá...! ¡Ah! Señores: la gradacion se ha concluido, porque falta hablar de una criatura, que es más que todos los Santos, y excede en dignidad y virtud á todos los ángeles. Parecía natural que despues de recorrer las jerarquías de los escogidos, pasásemos á los espíritus soberanos, como que ellos son por su naturaleza las lámparas que arden ante el Trono de Dios (*Apocalip.*, cap. iv, 5), la carroza donde camina el Omnipotente (Ezequiel, 1), y el escabel donde sus piés descansan. Pero al apreciar la proximidad de las criaturas al Criador; al examinar la union íntima que cada una tiene con Él; al valorar la gloria que á cada cual cabe en el cielo, es preciso interrumpir, no sólo el órden de la gracia, sino el de la naturaleza; porque María, aunque en el sér natural es hija del hombre, y por consiguiente menor que los espíritus soberanos, adquiere una perfeccion tan nueva y sublime por haber concebido y engendrado á Dios, que los más encumbrados querubines, á su lado son una sombra; los serafines, un hielo; las potestades, flaquezas; los tronos, debilidad, y los ángeles, todos siervos. Sí; María en el cielo es lo que no pueden ser los ángeles, y lo que no puede ser ninguna criatura; es lo mismo que fué en la tierra: Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa de Dios.

Sus destinos en la tierra fueron uniformes con los del Hijo de Dios: padecer con Él, trabajar con Él para la salvacion del hombre; una vez rotos los lazos que la unian á la tierra, María empezó á vivir para reinar, recibiendo con reciprocidad todo lo que Ella habia hecho por Dios. El Padre está interesado en que su Hija adquiera todo el honor que á Él corresponde; el Hijo no puede ménos de dar participacion á la Madre de cuanto Él ha ganado con su intervencion; El Espiritu Santo comparte con su Espos-

sa los resultados de la Encarnacion, como que si Él ha formado en el seno de María el cuerpo del Hijo de Dios, Ésta ha cooperado directa y eficazmente á prestarle la materia de que es formado, lo ha engendrado, lo ha alimentado, y lo ha conservado por espacio de treinta años. Es la Hija del Rey de los siglos, es la Madre del Señor de cuanto existe, es la Esposa del dador de todo bien. ¿Qué viene, pues, á ser María por estos títulos? Reina de los cielos, Señora del mundo, dispensadora de todas las riquezas de Dios. ¿Qué es María, repito? Lo diré con San Buenaventura y Santo Tomás: es el límite de la Omnipotencia de Dios. «Pudiera Dios, dice el primero (S. Buenaventur., *Speculum B. M. V.*, cap. viii), hacer un mundo más grande, un cielo más ámplio; pero no puede hacer una madre más grande que la Madre de Sí mismo.» Se pregunta á sí mismo el segundo si Dios puede hacer cosas mejores que las que existen, y responde que sí, exceptuando tres cosas: la humanidad de Cristo, por estar unida á la Divinidad; la bienaventuranza criada, porque es la fruicion de Dios, y la Virgen María, por ser Madre de Dios; y tiene todo esto, por razon del bien infinito, una dignidad infinita, y no puede haber otra cosa mejor, así como nada puede haberse que sea mejor que Dios. (S. Thom., in 1.^a p., quæst. 25, art. 8. Respon. ad 4.)

¿Quién no advierte la delicada armonía que guardan entre sí los misterios en la Religion? ¿Quién no comprende que tan pronto como el hombre rompa una sola cuerda de este conjunto divino, introduce la confusion y el caos? Y, en efecto, esos sistemas humanos con que han querido los herejes formar una religion á su modo, dando á la Madre de Dios unas prerogativas transitorias y sin consecuencia para el otro mundo, sin que Ella tome parte en las obras de su Hijo, sin que intervenga en la dispensacion de sus tesoros, y sin que se haya hecho acreedora por los eminentes servicios que ha prestado á la huma-

nidad, á que ésta la honre, llamándola en sus aflicciones Madre, y en los azares de la vida Señora, y en la muerte protectora, ¿qué otra cosa intentan sino hacer de Dios un Dios con ménos perfecciones naturales que las que tienen sus criaturas racionales?

Las relaciones que unen á María con la naturaleza divina no son medidas por el tiempo, que todo lo devora, sino para la eternidad, que no tiene fin. Predestinada por Dios á ser su Madre, durarán los efectos de esta eleccion tanto como dure Dios, y será honrada por el Padre como Hija, por el Hijo como Madre y por el Espíritu Santo como Esposa. Lo que haríamos nosotros con aquellos seres á quienes nos vinculan lazadas indisolubles que la naturaleza anuda, dándoles honor, gloria y riquezas hasta donde pudiéramos llegar, eso mismo hace Dios con la criatura á quien quiso unirse con alianza de familia, pues así lo exige la razon eterna, así conviene á su honor divino, y para realizarlo le sobra la fuerza; pues sin perjudicar á sus derechos divinos, puede hacer que la que es su Madre sea cuanto hay que ser despues de Dios.

Es este el lugar donde debo hablar de las donaciones mútuas que se hacen Dios y María, refiriendo las palabras de San Bernardo: «A los serafines y á los Santos, dice, el fuego divino los toca por encima; á María la viste, la envuelve y la cubre encerrándola toda dentro de sí mismo. En tí descansa ¡oh Virgen! y Tú en Él; Tú vistes á este Sol de justicia y Él te viste á Tí: lo vistes con la sustancia de la carne, y Él te viste con la gloria de su majestad; vistes al Sol como nube, y este Sol te viste á Tí. (Serm. super *Signum magnum.*) No puede jamás nublarse este Sol de justicia, pues tampoco puede oscurecerse la Madre á quien cubre; no puede haber sombra, ni cambio, ni mutacion en las glorias que le son innatas, pues tampoco puede haber en María sombra ni

mutacion, porque para siempre es la Madre, la Hija y la Esposa de Dios.

Así están tan íntimamente unidas las excelencias de Dios con las de María, que quien pretenda quitar una sola de las de la Madre, tira el lodo de la ignominia al Hijo. De ahí el que no puede concebirse la existencia de María sin admitir su inmunidad de la culpa, como que ella era la que venía á estréllar el mónstruo del pecado, á cuyo dominio no podia estar sujeta ni por un instante; de ahí es tambien que, consagrada por el Espíritu Santo, no puede concebirse su carrera mortal sin admitir su virginidad ántes del parto, porque Él era su esposo: su virginidad en el parto, porque quien salia de su tálamo era el Hijo de Dios; y su virginidad despues del parto, porque la que una vez fué templo de Dios, no podia profanarse; la que no aceptaba la maternidad divina si no conservaba su virginidad, no podia ser madre de ningun hombre habiéndolo sido de Dios. De ahí es tambien que, ó es preciso arrancar temerariamente estas excelencias á María, ó, una vez admitidas como verdades dogmáticas, es preciso confesar que la Madre en el cielo participa respectivamente del mismo honor que su Hijo.

Vanamente, pues, se gloriará de honrar á Dios quien no conceda á María cuanto le corresponde por su dignidad: Hija de un Padre que no engendra á su Eterno Hijo sino entre los resplandores de los Santos, y á quien corresponde todo honor y toda gloria; Madre de un Dios á quien toda criatura debe adorar y todo hombre agradecer los beneficios de la Encarnacion y Redencion; esposa de un Dios que santifica las almas, asiste á su Iglesia, fortifica á los fieles y confunde el error; María es Santísima en su Concepcion, Santísima en su parto, Santísima en su vida, Santísima en el tiempo y Santísima en la eternidad; María es la Madre de la Iglesia, Madre de la gracia, Madre de la piedad; María es la fortaleza invencible,